

II CERTAMEN DE RELATOS CORTO DE AGNYEE 2022:

EL MAR QUE NOS UNE

EL EXTRAÑO PASAJERO DEL BEAGLE

SEUDÓNIMO: BRISCA

Amadísima esposa:

Como siempre tu ausencia me abrumba y estoy inquieto y enfermo sin ti. Ni todo este excéntrico Londres apretado de almas ni todos los océanos que recorrí en mi juventud, son tan inmensos como mi cama si tú no estás en ella. Es más de medianoche y no puedo conciliar el sueño.

Cuento los minutos que aún faltan para volver a tus brazos y a mi salud. No han de ser demasiados, ayer recogí con todo el ceremonial que le acompaña, uno más de esos premios con los que se empeñan en adornarme para halagar una vanidad que no tengo y que difícilmente pueden borrar los muchos años de disputas y de conjuras en contra de mi persona. No, ni antes merecía sus injurias despiadadas ni ahora tanta lisonja afectada.

El próximo sábado al punto de la mañana, cogeré el tren hacia tus ojos querida Emma. Cierro los míos y te imagino durmiendo, arropada por ese aroma con el que te rodean la calma y la entereza. ¡Qué habría sido de mí sin tu coraje!.

Necesito tus besos inspirados y generosos, sólo ellos podrían reconfortarme en este instante cuando la desazón y el desconcierto han llenado mis canas y mi noche.

He de contarte algo que parece de otro mundo y que me está oprimiendo los sentidos, pues no es sólo la distancia de ti lo que me encoge; abre tu mente y atiende a lo que este hombre temeroso de Dios va a relatarte.

Lo mejor de la recepción de esta mañana fue el encontrar a viejas caras conocidas. Antiguos compañeros del “Beagle” que por afecto y nostalgia se acercaron a saludarme. No estaban todos, por supuesto, muchos dejaron su aliento en una bocanada de mar. Otros, retirados en pequeñas ciudades de la costa, siguen evocando los puertos extraños en los que recalamos y las espeluznantes tormentas que nos llevaron a ellos. Me comentaban que cuando su imaginación les guía demasiado lejos, las cortinas suaves y quietas de sus ventanas les alivian en lo más íntimo, igual que me pasa a mí.

Charlábamos sobre ello cuando me tocó el brazo un hombre todavía recto de espaldas al que en principio no reconocí. Se trataba del sobrino del señor Bynoe, cirujano del Beagle al que nunca agradeceré suficiente sus atenciones y su ciencia cuando caí enfermo en Valparaíso.

Le saludé con gran alegría y nos retiramos a un lado solitario de la sala, quería comentarme algo sin testigos y le seguí inquieto. Empezó a hablar:

-¿Recuerda a mi hermano pequeño, señor Darwin? –dijo con gravedad-. Tengo noticias de él que quizás le interesen.

Noté que mi cuerpo se balanceaba y que el estómago se poblaba de calambres que me sacudían el espíritu. Sí, sí que me acordaba de él, nunca dejé de hacerlo en todos estos años. Su historia, un secreto que guardábamos tres personas, era demasiado triste para olvidarla aunque por aquel entonces fuéramos unos chiquillos, demasiado quizás para tomar graves decisiones que sólo atañen a personas más cuajadas.

Emma, voy a compartir esta confidencia contigo, comprende que si no lo he hecho antes ha sido porque di mi palabra de caballero, y también por vergüenza, pues hasta esta mañana pensaba que no había actuado correctamente.

En la expedición de 1831 se encontraban los sobrinos del doctor Bynoe. Estos muchachos se habían quedado huérfanos y su tío les embarcó con él, no queriéndoles dejar a su suerte y sin guía en este Londres peligroso.

El mayor pronto se hizo amigo de la tripulación, demostrando una aptitud especial para la navegación. Con el tiempo ha llegado a formar parte del almirantazgo con un cargo de responsabilidad. En cuanto al pequeño, su carácter silencioso y distraído le alejaba de los demás. Parecía débil, frágil en las maneras y en los pensamientos, aunque su cuerpo fuera sólido como el de una coraza algo encorvada hacia delante. Le gustaba salir a cubierta cuando apretaba el sol y allí pasaba horas enteras calentándose. No movía ni un músculo y su piel casi verdosa no cambiaba de color. Ni enrojecía ni se bronceaba como el resto de la tropa, sólo se acartonaba dándole un aspecto mucho más viejo de lo que realmente era. La mirada turbia se dirigía al infinito, lo único impaciente en él, pues movía sus pupilas con una rapidez desconcertante que ninguno podíamos seguir.

A pesar de su lentitud cumplía con las funciones que le encomendaban su tutor y el mismo capitán Fitzroy, pero no hizo ni un solo amigo porque su conversación breve y desconcertante apartaba a la gente de su lado, incluso a su hermano por muchos esfuerzos que este hiciera, como así me consta.

La vida en la fragata continuaba su ritmo normal hasta que llegamos a las Galápagos. Entonces se mostró nervioso, alterado; iba y venía por la nave con una velocidad inusitada, zigzagueando de babor a estribor sin ningún criterio comprensible. El pelo se le erizó desde la nuca en una cresta extraña y con una voz torpe en la que parecía que le estorbase la lengua para hablar, pidió desembarcar con el grupo que tomábamos muestras y recogíamos datos con los que trabajar después.

Con grandes apuros conseguíamos subirle a bordo para pasar la noche en el barco. En cuanto se hacía de día volvía a la isla hechizado aún no sé porqué clase de influjo que le atraía visceralmente. Allí pasaba las horas, absorto con las iguanas que se acercaban a él con la confianza de ser uno de los suyos. Nunca había visto nada igual ni en animales ni en hombres. Y llegó el momento de partir con otro rumbo. Oyó al oficial dando las nuevas órdenes que se tenían que cumplir a la mañana siguiente y su actitud dócil y mansa de toda la travesía cambió de repente. Estábamos en el camarote del doctor su hermano mayor y yo, entró sin llamar.

-No puedo continuar en el Beagle, si no dejan que me quede en esta isla me lanzaré al mar en cuanto tenga ocasión. De nada les servirá atarme ni vigilarme, más pronto o más tarde conseguiré liberarme y entonces saltaré por la borda... Este es mi sitio y es aquí donde quiero vivir.

A pesar del disparate que estaba diciendo le tomamos muy en serio. Teníamos la certeza de que cumpliría su amenaza condenándose a una muerte segura en alta mar. Pero abandonarle en aquella tierra inhóspita, rodeado de unas bestias de las que apenas conocíamos su comportamiento, nos parecía una auténtica locura. En esa habitación los tres muchachos estábamos tomando una decisión que sentenciaba el futuro del menor de ellos.

No sé porqué no escapé gritando socorro, quizás porque intuí que quien lo pedía era aquel ser distinto que suplicaba una complicidad aterradora para cumplir su deseo.

Miré a su hermano que tenía los ojos oscuros de lágrimas. Me puso la mano en el hombro con fuerza y dijo con autoridad:

-Hemos de ayudarle, así al menos tendrá una oportunidad.

-Pero, ¿qué le diremos a tu tío y al capitán? –pregunté asustado-.

-Ahora le bajaremos con provisiones y agua sin hacer ningún ruido. Cubriremos sus guardias y las tareas que le han encomendado. Cuando pasen unos días, en cuanto mude el viento y nos encontremos en medio de una borrasca, haremos ver que se ha caído al agua desapareciendo para siempre, y que Dios se apiade de todos nosotros... –su voz se rompió por el llanto-.

Los tres lloramos como niños pero asentí y eso fue exactamente lo que hicimos. No se guardó más que el luto reglamentario por el marinero perdido. Su personalidad distante no hizo eco en la memoria de los demás.

Cinco años después llegamos a puerto y nunca más volví a saber de ninguno de los dos hermanos, hasta hoy en el que el mayor me ha revelado lo que te escribo.

- “... Cuando me nombraron capitán de navío volví a recorrer los mismos parajes por los que navegamos tiempo atrás. Recalé en los mismos puertos esperando un milagro, la noticia de que algún buque o chalupa recogiera con vida a un joven en una isla desierta, pero fue en vano. Decidí armarme de valor y arribar hasta las Galápagos. Si sus huesos se blanqueaban al sol, los recogería para traerlos de vuelta al hogar que no tuvimos y lo enterraría con el decoro que merecen las personas.

Salté el primero a tierra, hurgando en el suelo cualquier rastro que condujera hacia sus restos. Parecía que las iguanas me esperasen pues se abrieron a ambos lados dejando libre una brecha, algo que recordaba una senda y que me dirigía hasta un promontorio. Allí, en lo más alto, estaba mi hermano sano y salvo, aunque ya no era un hombre. Su figura deformada, petrificada por los lustros, era la de un reptil contrahecho y zambo. Los ojos, envueltos en unas órbitas exageradamente hinchadas, se dirigieron a mí. Entonces, su voz nacida en la

caverna de su papada se desenrolló a través de una lengua larga y pegajosa hasta mi oído sonando a crujido hueco:

-Gracias hermano, soy feliz en mi reino. Díselo al señor Darwin, dile que hicisteis lo correcto.

Y serpenteando se deslizó roca abajo para refrescarse con las olas que se estrellaban en la orilla.

Di orden de levar anclas y continuar nuestro camino, hasta que hace un mes fondeamos en Inglaterra. Me enteré de que iba a estar en la Sociedad y he venido a contárselo. Creo que su conciencia tenía todo el derecho de saber la verdad, aunque esta sea incomprensible y desatinada.”.

Nos hemos despedido con un abrazo sincero y afectuoso, consuelo al fin de una incertidumbre dolorosa que nos ha devuelto la paz. Pero también me ha llenado de tinieblas y confusión; con este suceso creo que todo lo que he escrito hasta ahora se ha deshilvanado en perjuicio del sentido común. Y sé que tendré que guardar mis recelos sobre la ciencia para siempre. Por fortuna puedo compartirlos contigo, los dos callaremos juntos.

Pero entre tú y yo querida, no, no todas las especies evolucionan en su progreso, no todas...

Con infinito amor,

Charles